

Romano GUARDINI, *Lettere dal Lago di Como. La tecnica e l'uomo*, ed. Morcelliana, Brescia 1993, 113 pp., 12 x 20.

La editorial Morcelliana viene realizando un interesante esfuerzo por editar, en italiano, las obras completas de Romano Guardini. Actualmente cuenta con treinta y nueve volúmenes en las librerías y otros tres en preparación. El que nos ocupa es una colección de cartas publicadas en la revista *Schildgenossen* entre los años 1923 y 1925.

La temática es circunscrible al debate que, durante los primeros decenios de nuestro siglo —con ponentes de la talla de Weber, Spengler, Heidegger, etc.—, se abre en torno a la conveniencia y sentido de la entonces emergente *sociedad técnica*. La visión de Guardini combina su innegable habilidad literaria —las descripciones de sus paseos por el Lago de Como, o la riqueza imaginativa y lírica de los ejemplos que usa son sencillamente magistrales— con una visión pesimista de la evolución social que sólo encontrará algún atisbo de superación en la última de las nueve cartas que componen el libro.

¿Qué es lo que preocupa al pensador germano-italiano? Su dolor principal —me parece que el término adecuado de su sentimiento sea sólo ese— se plasma con la toma de conciencia de la separación que se está llevando a cabo entre las obras del hombre que conservan una medida humana (y, por lo tanto, que responden al ideal de *continuatio naturae* que tiene la cultura desde una perspectiva clásica) y la nueva capacidad transformativa que ha descubierto el ser humano (simbolizada en la industria, especialmente del automóvil, y en la vulgarización del arte —con la aparición del cinematógrafo— o de la liturgia) que rompe con el mundo de la naturaleza (la *fábrica se alza entre casas que antes eran armónicas en su caos*) y, en consecuencia, con el mundo habitado por el hom-

bre (carta 1^a); cultura y naturaleza dejan de estar unidos para ser dos extraños, haciendo que el hombre comience a vivir en la abstracción, esfera más de artificio que de vida (2^a); el concepto y la forma, la universalización que iguala en lo genérico, anulando las diferencias, erradica el ámbito propio del *espíritu*, caracterizado como esa *generalidad viviente que toma el objeto en su vida concreta* (3^a); la necesidad de un ámbito de inconsciencia para que la vida sea vida propiamente de hombres (4^a) o las dos maneras de dominar la realidad —vivir en el objeto, descomponerlo para sojuzgarlo (6^a)— son algunas de las principales líneas temáticas que dan unidad y cuerpo a esta obra.

Quizá, en la perspectiva de quienes han visto el correr de la historia desde el año 1923 hasta el presente, las conclusiones que adopta Guardini puedan parecer un poco ilusorias (cfr. 9^a), pero lo que me parece indudable es que sus análisis de lo preocupante de una situación todavía en germen son altamente explicativos de una serie de disfunciones que, de un tiempo a esta parte, se han criticado con gran fuerza desde lo que se ha dado en llamar *pensamiento ecológico*. La clave de un pensamiento de este tipo, desde el punto de vista de Guardini, estriba en no perder de vista que el hombre, al tiempo que supera la naturaleza en la cultura, debe mantenerse en contacto con esta misma naturaleza si es que le interesa conservar lo que su misma cultura tiene de *humano*. Por eso me parece que esta obra de Guardini, junto a la belleza de su forma, es tremendamente actual e ilustrativa en su temática.

J. de Aranguren

André-A. DEVAUX, *Saint-Exupéry et Dieu*, Desclée de Brouwer, Paris 1994, 174 pp., 13 x 20.

Se publica la 2^a edición revisada de este ensayo redactado en 1965 por prime-

ra vez. El A., que ha sido Profesor de Filosofía en la Sorbona, es además un gran estudioso de la obra literaria de Saint-Exupéry, figura celebrada en 1994 con ocasión de los 50 años de su fallecimiento en el frente durante la II Guerra Mundial.

Aunque este estudio se centra en el análisis de la religiosidad del famoso escritor francés, es tal la riqueza de fuentes aportada que puede considerarse muy bien como una introducción a su pensamiento. En realidad, Saint-Exupéry consideraba haber perdido la fe cristiana en la cual fue educado, pero progresivamente fue siendo consciente de que en esa fe recibida en su niñez se hallaba la raíz del hondo humanismo que guió siempre su vida espiritual.

Sin ser nunca un negador de Dios, bajo la influencia de algunos de sus profesores y de su lectura apasionada de Nietzsche, se fue alejando de la fe cristiana; desde entonces, «Saint-Exupéry sabrá lo que es la nostalgia de Dios, pero no el dolor de haber perdido la amistad con Jesucristo» (p. 32).

Pionero de la aviación, cubriendo los primeros servicios de correo aéreo en Sudamérica y en África y más tarde como piloto de reconocimiento al servicio de la Francia libre que combate en la Guerra Mundial, Saint-Exupéry fue siempre un hombre reflexivo y espiritual; y como tal se manifiesta en sus libros. «Vol de nuit» (1931) es el elogio del hombre de acción que cumple heroicamente su deber para con sus semejantes, movido por un cierto sentido de eternidad. Sus reportajes sobre la Guerra civil española revelan intuiciones de gran agudeza: la causa de esta guerra peculiar, cuyo frente está en los corazones de los combatientes, son diversas *imágenes de la verdad* que se combaten entre sí.

Tras un grave accidente aéreo sufrido en Colombia, escribirá «Terre des

hommes» (1939), «un profundo canto de amor a la vida y a los hombres» (p. 67). Tras la grandeza del hombre concreto cree ver la mano del Espíritu, una impronta de Dios.

En 1942 publica «Pilote de guerre». La contemplación de Francia arruinada y humillada, le conduce a descubrir las raíces cristianas de esa civilización humanista que ha amado, una civilización capaz de inspirar el ideal de caridad y de sacrificio por los demás que son —en su pensamiento— la gran fuerza que el hombre puede oponer ante el mal y la destrucción. Por su parte, «Le Petit Prince» (1943) es un canto a la belleza de la amistad y a la fidelidad.

La presencia de Dios se hace más perceptible en su obra póstuma: «Citadelle» (trabajó en ella hasta su muerte). El orden humano debe estar regido por Dios —un Dios, ciertamente, débilmente percibido, Dios oculto, pero al cual se debe rezar—; el hombre debe ser un cierto portador de Dios y debe sentirse corresponsable de todo el mundo. Davaux comenta al respecto: «El Dios de *Citadelle* es el gran postulado necesario para una visión coherente y atrayente del universo, un Dios más próximo al 'Dios de los filósofos y sabios' que al 'Dios de Abraham, Isaac y Jacob'» (p. 113).

En definitiva, en la evolución intelectual de Saint-Exupéry cabe apreciar un esfuerzo de seria maduración que, a través de la contemplación del hombre, le hizo percibir con creciente intensidad la necesidad del Dios del que se había alejado en su juventud: «Señor —escribiría en su última obra—, me acerco a ti porque he trabajado en tu nombre. Es propio de ti el sembrar. Yo, por mi parte, he construido este cirio. Ahora te toca a ti encenderlo».

El ensayo de Davaux es inteligente y está muy bien documentado. Incluye una

cronología biográfica de Saint-Exupéry y una excelente bibliografía comentada.

J. M. Odero

Pedro Antonio URBINA, *Dios, el Hijo de María*, Ed. Rialp, Madrid 1995, 518 pp., 16 x 24.

Este libro del poeta, novelista y filósofo Pedro Antonio Urbina es una Vida de Jesús, presentada bajo un título que supone una evidente licencia literaria. Anteriormente había publicado una versión de otro título clásico en el mismo género: el «Libro de la Pasión» del Padre Luis de la Palma, con el fin de hacerla accesible al público de hoy en día, utilizando para ello la lengua castellana actual. Por otra parte, de su familiaridad con la narrativa biográfica dan razón varios títulos, uno de ellos en materia bíblica: «David, el Rey».

Literariamente los Evangelios no son propiamente biografías de Jesús, sino resúmenes escritos de la predicación apostólica, la cual gira ciertamente alrededor de un núcleo que es la historia de Jesús: ha llegado la hora de la salvación divina; Dios se ha hecho hombre en Jesús; Jesús ha revelado al padre con su vida, sus actos y sus palabras; Jesús ha muerto en la Cruz del Calvario por nuestra salvación y con su resurrección ha anticipado la promesa divina de vida eterna; Jesús está reinando junto al Padre pero no ha dejado huérfana a su Iglesia, sino que la asiste y se hace presente en ella.

En este sentido, aunque en los Evangelios está la verdad sobre la vida de Jesucristo, es lógico que los cristianos hayan experimentado desde los comienzos de la Iglesia el deseo que expresa el comienzo del Evangelio según San Lucas: recoger y ordenar los datos acerca de Jesús contenidos en los diversos libros bíblicos —especialmente en los cuatro

Evangelios y en otros escritos neotestamentarios—, hasta componer un relato biográfico de Jesús, en el cual destaquen los rasgos más señalados de su personalidad y donde puedan rastrearse los grandes motivos que determinan su itinerario vital. Ya Taciano en su «Diatesseron» trató de contemplar sinópticamente los relatos sobre Jesús contenidos en los cuatro Evangelios. Cuando el Renacimiento hace brotar un nuevo sentido por lo histórico y un interés por el género biográfico creado por el Helenismo, vemos surgir de un modo neto el género de las Vidas de Jesús, que a través del estilo literario biográfico trata de acercar la Persona de quien debe ser el centro de sus vidas a la imaginación y a la mente de los lectores cristianos. Tal es también el fin que se propone esta obra de Urbina que ahora comentamos.

La posibilidad de este acercamiento biográfico a Jesús depende en buena parte del talento que pueda poner en juego el escritor para penetrar en la mente de Jesús, en sus pensamientos, en sus sentimientos —lo cual supone el esfuerzo por entender simultáneamente las circunstancias en que desarrolló su existencia terrena y especialmente la psicología de quienes convivieron y dialogaron con Él—; igualmente requiere la rara habilidad de explicar todo ello con imágenes, palabras y experiencias adecuadas al lector de cada época.

El libro de Urbina no es una biografía científica de Jesús, en el sentido de que su principal finalidad no consiste en ilustrar la vida de Cristo mediante una investigación histórica, etnológica o filológica. Aunque, como su cultura teológica sea patente, el esfuerzo de su obra —y su gran logro— debe buscarse en la otra dimensión indicada: la capacidad de expresar y presentar a Cristo, haciendo uso para ello de su «saber hacer» literario. Bien entendido que la literatura nunca es en manos de Pedro Antonio Urbi-